

Al rededor del estilo

XXIV

Y esto de la relación entre el estilo y el progreso puede tomarse en dos direcciones —o en dos estilos, si se quiere—, y es si el estilo contribuye a eso que los progresistas llaman el progreso y que tanto ha viciado el sentido histórico, o si cabe progreso en el estilo, si progresa el estilo. Dos problemas que parecen muy diferentes y que acaso no sea sino uno mismo.

Preguntar si el estilo contribuy al progreso del espíritu, es querer considerarlo teleológicamente en aspecto de finalidad y acaso más bien de economía. Pero la personalidad, que es el estilo, ni contribuye al progreso, ni progresa.

Para preguntarse si algo progresa hay que considerarlo con respecto a un futuro. Un caminante que va a un punto determinado, a una meta, con un fin, progresa o no, según se acerca a él; pero un paseante no puede decirse que progresa. Y cabe que uno se divierta hasta en remar contra corriente.

El que tiene estilo se expresa, se manifiesta, se revela tal cual es—o tal cual quiere ser—, y es perfecto o acabado en cada momento. Es el que es, y basta. ¿Es que un huevo no es tan perfecto como el gallo que ha de salir de él?

Todos recordamos aquel dicho decidero que dice: «¿Cuál fué antes, el huevo o la gallina?» Preguntar antes, en orden de tiempo, es ganas de perderlo, y en orden de naturaleza, ¿qué es eso de antes y después? Para el que prefiere una tortilla a una pechuga de gallina, la gallina es antes, porque su fin es poner huevos; pero para el que prefiere la pechuga a la tortilla, el huevo es antes. Y en cuanto a la gallina y al huevo mismos, que se lo pregunten a ellos, que no estoy muy seguro de que la gallina tenga más conciencia que el huevo, ni de que sea más perfecta que él. Ni si el fin de las encinas es dar bellotas o el de las bellotas dar encinas.

Y en el huevo mismo que se está haciendo gallina, ¿por qué no ha de ser acabado, perfecto, final cada momento? El renacuajo es tan final como la rana. Y el niño, tan acabado, tan final, tan completo como el adulto y como el anciano. Hay quien crea que la flor de la humanidad es el niño. El padre del hombre la llamó *Wördschott*. Y todo lo demás es cinematografía, mientras que el arte, la belleza, es eternización de la momentaneidad. *Carpe diem!* —dijo el latino—; pero lo que hay que coger al vuelo no es el día, es el instante que pasa. Y esto hace el estilo. El estilo, el estilite, clava en la eternidad el vuelo de las sombras de los pájaros del cielo.

La concepción finalista —que es fatalista—, utilitaria, económica de la historia, ha llegado a viciar, no ya la historia misma, sino hasta la estética. Ha producido una degeneración del arte, que es el arte

progresista. Su más repugnante producto mercantil son los dramas de tesis, los dramas sociológicos, resistentes al estilo.

Y es que se olvida que la historia acaso tiene su fin—o, mejor, su centro en sí, o sea que no tiene fin, que empieza y acaba en cada momento, que no es drama con enredo, nudo y desenlace—. «Y qué vendrá después?» —preguntan amedrentados los pobres hombres que jamás han sentido el poder de la personalidad, el poderío del estilo—. «¿Qué hay ahora?», es lo que hay que preguntarse.

Pero es que hay íntimamente un fin. «Fin... fin—decía uno señalándole a otro una circunferencia—, ¿dónde está aquí el fin y dónde el principio de esta línea?» Y el otro le contestó: «En el centro del círculo.» —«Pero eso es el principio...»—dijo aquél—. Y éste, entonces: «El principio es el fin.»

Cuando oigáis decir de uno que su estilo no es perfecto, no es acabado, estad seguros de que no es estilo. Tan acabado es el balbuceo de un niño como la frase más cepillada y barnizada del sofista más plateresco. Hay bocetos, bosquejos acabadísimos. Y tenemos que felicitarlos, acaso, de que Pascal no llegase a escribir la obra apologética, para la que recogía aquellas notas fugitivas, aquellas jaculatorias trágicas, que se decía a sí mismo aquellas preguntas a la eterna infinitad, a la infinita eternidad, que son sus «Pensamientos». En vez de brasas tendríamos acaso cenizas.

«No le he podido dar aún la última mano!»—exclama un artista—. ¡Bah! Con que le haya dado la primera basta, si es que fué mano y es que fué suya. Lo que es menester es que la mano sea suya, que sea dueño de su mano y dueño de sí mismo. Y por eso lo primero que hay que hacerse es la mano, dicen los artistas. No; lo primero que hay que hacer es hacerse a sí mismo, hacerse el que se es.

Esto de «hazte el que eras», que no es mío, que es una sentencia helénica, suena a paradoja. Verdad es que las mejores de las sentencias helénicas, las de más puro estilo, a los oídos de los bárbaros tienen que sonar a paradojas. Y hasta cabe decir que el bárbaro es el que grita: «¡Paradoja!» Bárbaro y a la vez cainita. (Los que hayan leído mi novela *Abel Sánchez* sabrán que siento compasión admirativa, o admiración compasiva, por Caín, que era progresista.)

El progresismo puede llegar a ser delirante. Así, cuando alguien sostiene que el *Paraiso perdido*, de Milton, ha de ser superior a la *Utada*, por haberle seguido en varios siglos, y el *Fausio*, de Goethe, superior a aquél. ¡Y hablan del progreso del arte! Blasfemia como las de *modern styl* y *démodé*—pasado de moda—y *vieux jeu* y todo lo demás. «Eso tuvo su tiempo» —se dice—. Pero lo que tuvo su tiempo y no fué tenido por él tendrá la eternidad. El que fué de su tiempo y su lugar, el que fué todo él, el que se hizo todo lo que era y fué todo lo que se hizo, éste será de todos los tiempos y lugares. Éste llegó al centro del círculo.

«Si parece escrito hoy...» —se exclama ante algo que tiene estilo. Y así es, porque está escrito en el momento en que lo leemos, porque lo escribimos nosotros mismos al leerlo, porque lo re-creamos al re-rearnos con ello. Ya que el consumo es una forma de producción. Y no era tan absurda la paradoja de aquel lector que al preguntarle: «Y usted, ¿no escribe?», contestó: «Yo produzco consumo.» Añadiendo: «Escribo lo que me dan a leer.»

O ¿es que crees, lector que yo no sé que estás escribiendo conmigo esto que los dos tenemos?

Miguel de UNAMUNO

